

María del Pilar Vila. *JORGE EDWARDS. CUSTODIO DE LA MEMORIA*. Buenos Aires: Biblos, 2021: 159 pp.

EDWARDS, EL MEMORIOSO

Después de *Las máscaras de la decadencia. Jorge Edwards y el medio siglo literario chileno*, publicado en 2006, este es el segundo libro que María del Pilar Vila dedica a la obra de este importante narrador nacional. En esta nueva entrega, Vila profundiza de manera particular en aquellos libros que Edwards ha publicado desde el año 2003. No solo se atiene a su obra novelística, donde se entrecruza el discurso narrativo y las memorias —ejercicio que Edwards viene cultivando, al menos, desde *Persona non grata*, de 1973—, sino que también observa con especial atención sus ensayos, crónicas y artículos periodísticos que, durante las últimas dos décadas, han sido recopilados en libros. Son estas prosas, justamente, las que le permiten tender hilos entre las distintas facetas del escritor: la persona y el memorialista, el narrador y el personaje de sus propias ficciones, todos ellos proyectando hacia el campo literario chileno e hispanoamericano una ‘figura de autor’ de contornos muy específicos. Por último, Vila incluye dentro de su análisis una serie de cartas que, aunque anteriores al año 2003, por su relevancia con el tema central de la investigación han sido añadidas tanto a su lectura como al libro mismo, siendo adjuntadas en los anexos del volumen que aquí comentamos.

Jorge Edwards. Custodio de la memoria se divide en cinco capítulos. El primero, “Los fantasmas de Jorge Edwards”, luego de afirmar la hibridez genérica que está presente en la obra del narrador chileno, profundiza en la importancia de las cartas enviadas y recibidas por Edwards y que no han sido incluidas en análisis anteriores. En términos generales, estas misivas son consideradas “una parte tanto de la escritura como de la expresión, puesto que permiten trazar la trayectoria social y cultural de un sujeto y recomponer tramos de sus itinerarios como escritores cuando de ellos se trate” (26). A su vez, la autora justifica la inclusión de este epistolario recobrado, que quiebra con la temporalidad post 2003 de su análisis, señalando que “son una suerte de *post scriptum*, no por cuestiones cronológicas, sino por la decisión de Edwards de haberlas entregado a Princeton con la intención de habilitar su lectura y uso” (33). En este corpus epistolar, destaca la presencia de Pablo Neruda (cuya relación con Edwards ha sido objeto de numerosos estudios), así como de otros autores o críticos

fundamentales de la segunda mitad del siglo XX, como Mario Vargas Llosa, Graham Greene, José Donoso o Emir Rodríguez Monegal, ya sea en el lugar de remitentes o de destinatarios de los textos.

En el segundo capítulo, “En busca de Jorge Edwards”, Vila destaca el modo en que el esfuerzo de memoria del novelista chileno logra constituir una identidad y una geografía particular. Así, el ‘yo’ que enuncia su vida y establece vínculos con su estirpe y su generación, hace de su propio recuerdo un nuevo relato. En este esfuerzo, el cruce de géneros que Edwards lleva a cabo resulta fundamental, ya que “explicita, una vez más, su descreimiento acerca de ciertas taxonomías, [otorgándole] mayor relevancia al mapa de lecturas que muestra sus elecciones literarias” (45). El lugar que utiliza el autor chileno en esa ecuación es central, puesto que se comprende a sí mismo y se erige consecuentemente como un eje del campo cultural y literario: “Es manifiesta su preocupación —dice Vila— por atender al campo cultural chileno con el propósito de ser quien señale la necesidad de revisarlo y esencialmente qué aspectos ameritan tal revisión. Es un modo de pensarse como el custodio de tradiciones culturales” (51). Esa preocupación, sin embargo, como analiza Vila más adelante en el libro, no siempre será coherente o unívoca: el silencio frente a algunos autores (como Bolaño) se traducirá, muchos años después, en un reconocimiento total; o juicios entusiastas y comprometidos con la obra de algunos contemporáneos (como Carlos Fuentes) serán, en críticas o entrevistas posteriores, desconocidos o matizados. Sería interesante que futuras investigaciones puedan sistematizar y profundizar ese tipo de cambios de juicio e intenten darle una nueva mirada de acuerdo con el lugar que Edwards busca jugar en el campo literario local.

El tercer capítulo, “Tras los miembros de la tribu”, es quizás el más original en su lectura de la obra de Edwards. Por medio de la lectura de *El inútil de la familia*, *El descubrimiento de la pintura* y *La última hermana*, Vila explicita el modo en que el sujeto edwardiano se define siempre desde una estirpe particular, a partir de la cual revela sus rasgos únicos y establece un equilibrio entre continuidad y ruptura. “La ficción es el sitio elegido para presentar su historia de vida. Muchos de sus personajes, si bien son tomados de la historia, se asocian con algunos aspectos de la vida real de Edwards y le permiten pensarse a sí mismo como un personaje de novela, diseminando señales autobiográficas” (67). Los personajes de su linaje con los que intenta vincularse siempre están signados por la rebeldía. O, dicho de otro modo, aunque los Edwards sean, tal como le recordaba su amigo Neruda, “la familia más oligárquica y reaccionaria del país”, el memorialista y novelista de sí mismo intentará reposicionarse desde el centro y, al mismo tiempo, la excentricidad. Como dice Vila a propósito de María, el personaje de *La última hermana*: “Ambos [María y Jorge] se piensan —casi contradictoriamente— en el centro de la literatura y de la sociedad chilenas y, al mismo tiempo, como sujetos excéntricos” (68).

El cuarto capítulo, “Los ensayos y las crónicas” —que bien podría haber estado situado junto al primer capítulo, explicando metodológicamente la inclusión de este tipo de textos, además de las cartas, en un ensayo de esta naturaleza— describe cómo las recopilaciones recientes de sus textos breves (*Diálogos en el tejado*, *La otra casa: ensayos sobre escritores chilenos* y *Prosas infiltradas*, aunque se equivoca Vila al incluir aquí la novela *La casa de Dostoievsky*) conforman una red de referencias que entrelaza toda su obra con un afán de definir el lugar de Edwards en la literatura chilena. “Se trata de una construcción claramente autorreferencial, de modo que la escritura del yo, la intervención personal del ensayista y un entretejido con el discurso autobiográfico configuran los rasgos más destacados de estos libros. Los desvíos a los que apela en cada uno de ellos muestran el modo en que los cuatro libros se entrelazan con toda su obra” (99), dice Vila. A lo largo de este capítulo, el protagonismo lo tiene el Edwards lector y amigo de sus contemporáneos, pero también lector de la tradición literaria europea y latinoamericana, mediante la cual muestra sus modelos estéticos e ideológicos y dota de complejidad su propia figura autoral. A través de sus ensayos y reseñas, el chileno se ubica en una posición privilegiada capaz de dar cuenta de sus influencias y gustos, lo que contribuye enormemente a la lectura que se pueda hacer de su obra propiamente narrativa.

El quinto capítulo, muy breve, “Cerrando el ciclo”, cumple una función conclusiva, dando cuenta del recorrido del análisis y sintetizando la perspectiva desde la cual se leyó el corpus de Edwards. La autora afirma que la obra del chileno “no es más que un único y gran tema encadenado por la conectividad que las distintas novelas, crónicas y ensayos propician para que la memoria, fuente inagotable para este hombre que transitó y transita dos siglos y se piensa como el depositario de los recuerdos más intensos de un tiempo y una generación, surja con gran intensidad” (111).

Además de lo ya señalado, me gustaría subrayar tres elementos del libro de Vila que contribuyen a la comprensión del autor de *Persona non grata*. En primer lugar, la autora destaca desde el comienzo de su ensayo la enorme persistencia de unos pocos temas que subyacen a toda la producción de Edwards: la definición de una clase, su entorno social y urbano y el lugar que ocupa él mismo dentro del campo cultural chileno y latinoamericano. “La recurrencia a lo autobiográfico y su proyección a lo autoficcional es algo así como el eje del proyecto creador de Edwards” (40), afirma Vila. Y, en ese sentido, al volver de manera obsesiva sobre un puñado de temas donde él, como autor y personaje, es siempre el centro de la enunciación, la autora no duda en tildar ese esfuerzo estético como algo egótico.

En segundo lugar, así como Vila ve en Edwards un intento por difuminar las taxonomías demasiado rígidas entre distintos géneros, también observa una “voluntad por disolver la distinción entre las distintas artes” (59). En obras como *El descubrimiento de la pintura* o en piezas autobiográficas antologadas en *Prosas infiltradas*, Vila divisa un esfuerzo por mostrar la amplia formación cultural del sujeto autobiográfico:

no solo en las artes de la palabra, sino también en la música y la pintura se define ese ‘yo’ donde la vocación artística es observada desde distintas aristas. O, dicho en palabras de Edwards, “[l]a escritura es, entonces, un camino que no puede alejarse de las otras artes; más bien se preocupa por hacerlas presentes casi como una sinfonía” (75).

Por último, el análisis de Vila destaca el vínculo que establece entre ciudad y escritura. La memoria, en la obra de Edwards, se despliega y se construye en lugares específicos, concretos, que sirven de marco de sentido para ese sujeto que busca definirse a sí mismo. Son espacios sustitutivos de la casa familiar, como dice Vila siguiendo a Cánovas. “Se reúnen, así, ciudad, escritura y referencias personales produciendo la emergencia de una suerte de “lugar de memoria”, tal como sucede con la casa, espacio representado y evocado con frecuencia, al igual que emblemáticos cafés, bares y oscuros restaurantes” (83). Sin embargo, no son puramente espacios urbanos donde el sujeto se encuentra con una comunidad nacional o idiomática, sino que resultan ser, de manera más específica, “lugares de escritor”: la biblioteca —familiar o Nacional—, el Parque Forestal, la embajada de Chile en París, etc. Son espacios que, públicos o íntimos, van dibujando poco a poco un horizonte de sentido desde el cual Edwards se vincula con una historia, una estirpe y una tradición cultural. A partir de ellos, por lo tanto, se construye a sí mismo como un sujeto anclado en referencias diversas.

El libro de María del Pilar Vila, en consecuencia, entrega una serie de elementos muy interesantes para continuar leyendo e interpretando la obra del chileno. En una época en que se diluyen las fronteras demasiado claras entre los géneros y la omnipresencia de los discursos autobiográficos obliga a observar con detención los modos en que se construyen los sujetos, la obra de Edwards goza de enorme actualidad.

Joaquín Castillo Vial
Instituto de Estudios de la Sociedad